

# DISCURSO

del Sr. Prof. Dr. Juan Federico Heinert,

Decano de la Facultad de Medicina

al descubrir el busto del Sr. Dr. Dn. Julián Coronel.

Señores:

La Universidad de Guayaquil, fiel a su legendaria tradición de sabiduría y justicia, al par que de reconocimiento a quienes supieron engrandecerla, ostenta desde hoy, en un bloque de blanco mármol de Carrara—símbolo expresivo de la inmortalidad—el busto de otro de sus ilustres Rectores, que con su cultivado amor a la ciencia, sus continuas vigiliass y su noble aspiración de verla grande entre las grandes, condújola orgullosa, en una sucesión de triunfos, camino hacia el Ideal.

Poco distante está el día en que flores mustias, débilmente iluminadas por los cirios funerarios se agolpaban en derredor de la materia inerte del venerable Maestro de Juventudes, cuyo alejamiento llorábamos en unión de su familia, de la sociedad y de la Patria, más, alegráos!

Julián Coronel no ha muerto! Sus enseñanzas, sus consejos, su abnegación, sus obras materiales que orgullosa exhibe nuestra ciudad, diciéndonos están que vive y vivirá a través de los tiempos, en mérito de la inmortalidad, de quien tiene derecho a vivir en ella; hoy, que celebramos el Día de la Universidad, es justo que al sabio conductor de jóvenes generaciones, cuyo espíritu inquieto y vigilante vive en este querido solar universitario, para ser su guía, su estímulo y el más acabado modelo de altruismo y virtudes.

Dejadme, señores, mirar al pasado. Recién organizada estaba la Junta Universitaria del Guayas. El doctor Coronel, que acababa de llegar a Guayaquil procedente de la ciudad Luz, fué llamado a dictar Terapéutica, Materia Médica e Higiene, obediente a ese mandato de su ciudad y de sus colegas, lo aceptó, iniciándose así en la noble carrera del Magisterio.

Desde entonces conviértese en una de las vigorosas columnas de la Escuela de Medicina porteña. En la instalación defi-

nitiva de la Universidad de Guayaquil, le fué asignada la Cátedra de Clínica Interna que desempeñó con lucimiento insuperable y ya Rector, a raíz del incendio de 1902 que redujo a pavezas la antigua casona, —viva inquietud de Alejo Lascano— había de tocarle a él la reconstrucción de la nueva Universidad, obra que fué su más acariciada aspiración y a la que ofreció sus energías e infatigable celo de patriota y honrado ciudadano.

Aún lo recordamos, tempranero y entusiasta, cuando llegaba a la cabecera del enfermo de Hospital, para dictar sus sabias lecciones de Clínica Interna. Sus alumnos lo rodeábamos, los profesionales egresados no perdían los claros conceptos que sobre la difícil ciencia de Hipócrates brotaban de sus labios; y cuando fugaces las horas habían transcurrido en fervoroso culto a la verdadera Medicina, alegres y sonrientes llevábamos a nuestros cerebros todo un caudal de enseñanzas surgidas de la experiencia y vigoroso criterio del Maestro, que nos servirían ventajosamente en nuestra naciente vida profesional.

Vedlo en esta ilustre casa, asistiendo a las aulas para compartir con los alumnos de las enseñanzas de sus catedráticos, apreciando muy de cerca la versación pedagógica de la docencia, guiando con fervor a las juventudes, alentando al cumplimiento de sus deberes al alumnado, todo dentro del marco de las mutuas consideraciones que se merecen los diversos factores que integran la Universidad.

Mas, si ésta fué su labor como científico, su personalidad moral se agigantaba con el ejercicio del bien y el culto a la verdad. Varón rectilíneo, no transigía jamás con las relatividades virtuosas; y para la colectividad fué uno de sus conspicuos personeros y ardientes defensores de sus derechos.

Tal fué el sabio Julián Coronel. Y estos recuerdos no pueden olvidarse. Cada discípulo del Viejo Maestro, es un reflejo, una vivida expresión de su saber y de sus prácticas benéficas.

He aquí, por qué os decía, que el Maestro, aún cuando incorporado a la Madre Tierra, continúa viviendo entre nosotros.

Aquí está en ese mármol redivivo que los golpes inspirados del artista han sabido modelar para devolvérselo, porque nuestro es, y de la Ciencia lo será siempre.

Honrado inmerecidamente, gracias a la benevolencia de mis distinguidos colegas de la Facultad de Medicina, con la más alta dignidad de ella ha tocádome también el alto honor de descubrir la venerable imagen del Profesor Coronel, precla-

ro Rector de la Universidad de Guayaquil, que desde aquí, con ese espíritu ardoroso con que guiaba en vida a pretéritas y presentes generaciones médicas conducirá a las juventudes que, ávidas de luz vengan a este Templo del Saber.

Y vosotros, jóvenes estudiantes de hoy y del mañana, al llegaros al Vestíbulo de esta Universidad a la que tanto amáis, como que ella es la fuente donde bebéis sabiduría y os formáis profesionales dignos, tributad a estos ilustres Rectores que cuidan del lustre y prestigio del Alma Mater guayaquileña, "un homenaje de admiración, una ofrenda de alma, un aplauso. . . . . y una oración. . . . ."

---

# Discurso del Sr. César Pólit

Presidente de la Asociación Escuela de Medicina,  
al descubrirse el busto del Sr. Dr. Dn. Julián Coronel.

---

Señores:

Divino milagro el del recuerdo, que hace brotar del arcano inescrutable del pasado, la luz resplandeciente que irradió de esos cerebros prodigiosos, que fueron para la Patria timbres de orgullo y de grandeza.

Asombroso prodigio el de las almas que surgen de ultratumba, con fulgor inexhausto, para trocarse luego en antorchas que iluminan los horizontes dilatados de la Ciencia y del Bien.

El polvo del olvido nunca llega a borrar el perfil purísimo de esas vidas que fueron símbolo de dinamismo y de superación. El Tiempo es el crisol que purifica las almas, y sedimenta la escoria, para que luzca solo el oro brillante de la virtud y del talento; es el océano que lleva hasta el confín lejano, de su cárcel granítica, el beso de plata y de zafiro, que lame la arena deleznable, para que luzca el peñasco de la gallardía de su perfil preciso.

Tal descuella, en el vórtice insondable del pasado, la figura excelsa del varón egregio, ante cuyo nombre rompen hoy los corazones en acordes de júbilo y se inundan las almas en la sugerente luz de la añoranza.

Julián Coronel, el profundo galeno que dió lustre y prestigio a la medicina ecuatoriana, arriba hoy de las ignotas regiones de la inmortalidad y traspasa los umbrales de esta vieja casona, que antaño fuera el centro de su vida combativa, para, hecho símbolo, vivir engastado en el corazón de cien generaciones.

La visión intuitiva del artista ha obrado el prodigio de copiar, con alburas de mármol su vida inmaculada y plasmar a golpe de martillo su personalidad, cincelada, también, por los rudos avatares del combate. Y su figura excelsa se yergue hoy alba, como el armiño de su vida: fuerte y robusta como el mo-

numento perdurable de su obra, eterna, como el inexhausto fanal de su memoria.

Del cofre deslumbrante, en que se encierran las joyas que adornaron la vida de este varón ilustre, donde lucen las galas del filántropo, tintes seductores y exquisitos, y ostentan las turquesas del talento, sus destellos de gloria, tomo, con unción peregrina, el joyel más hermoso: Julian Coronel, alma delicada y sensitiva, gustó siempre de la lozana primavera del capullo y de la hermosa floración de los rosales; amó a la juventud y con visión clarísima, sembró en sus campos vírgenes, la fecunda simiente de la ciencia.

Por eso en esta fecha, que inicia la vendimia, brota del alma de la juventud un himno eterno y resonante.

Maestro: Porto las credenciales de ser portavoz de una juventud rebelde y combativa, que no doblega su cerviz sino ante los hombres que, como vos, hicieron de su vida una línea recta y definida. En nombre de esa institución, a la que tanto amaste, os digo:

Maestro: tu memoria perdurará siempre fresca en ese hogar risueño que fué regazo de tantas juventudes. Las crisálidas que hoy viven su vida insospechada, dejarán mañana el abrigo piadoso del capullo, para lucir, en su travieso vuelo, las galas de sus policromías, más siempre girarán cautivas en torno de tu nombre que tiene tintes cárdenos de hoguera.

Maestro: la Asociación Escuela de Medicina temple su lira, para aunar sus acordes al himno de gloria que surge hoy de las almas, al conjuro de tu nombre.

He dicho.

# DISCURSO

del señor Julián Coronel Espinoza,

en nombre de la familia del Sr. Dr. Dn. Julián Coronel.

Señor Gobernador de la Provincia, señor Rector, señor Decano de la Facultad de Medicina, señor Decano de la Facultad de Derecho, señores:

La satisfacción de los deudos del señor doctor Julián Coronel, mi inolvidable padre, aquí presentes, en este solemne momento de recordación y de actividad universitarias, solo es comparable a la altísima honra con que nos vemos abrumados ante el homenaje que se rinde al nombre y la figura de quien, si en verdad trajo apreciables esfuerzos al claustro de esta casa de ciencia y de cultura, fué siempre en proporción muy inferior a las vehemencias de su afán y de su amor por el éxito de la juventud estudiantil.

Esos sentimientos, sin duda alguna, de lo más arraigados en el corazón de nuestro querido deudo, son los que ahora merecen el tributo de reconocimiento que la severa justicia de esta máxima mansión de estudio y de culminación profesional, enaltece colocando una corona de inmarcesible gloria en la frente intangible del señor doctor Coronel y un monumento de gratitud en el pecho de sus familiares.

En nombre de todos los descendientes del señor doctor Julián Coronel, y en el mío propio, que es el de él, muy amado y muy reverenciado, presento al H. Consejo Universitario, a las autoridades aquí reunidas, al cuerpo de ilustres profesores y aprovechados alumnos de la Universidad, al distinguido profesor señor doctor Juan F. Heinert, cuya oración ha conmovido al selecto auditorio, especialmente el alma de los deudos que hemos tenido el honor y la satisfacción de escucharla, el homenaje que en este su día clásico, rinde también a sus bondades y a sus actos edificantes, tan hondamente emotivos como plenos de nobleza, el corazón eternamente agradecido de la familia Coronel.